

LAS APARICIONES MARIANAS EN EL AMBIENTE ECUMENICO

por ENRIQUE DEL SDO. CORAZON, O. C. D.

I. INTRODUCCION

1. F. Mauriac, en su librito: *Pélerins de Lourdes* (1933) idealiza el diálogo entre un cristiano protestante y un católico, ambos peregrinos a Lourdes. El tema era obligado: el sentido y el mensaje de las apariciones de Nuestra Señora. Tal vez el retrato que hace del interlocutor protestante —y su misma elección— con la expresión de sus sentimientos, no reflejen el sentir del mundo acatólico. Los mismos protestantes no están aquí de acuerdo con Mauriac. Este protestante, según la expresión de Pierre Petit, tendría una fe muerta, por lo que no podía encarnar el verdadero sentimiento del protestantismo frente a las apariciones maravillosas de María. Con todo, no cabe duda que hay aquí un anticipo —entre otros muchos— de este diálogo ecuménico, que mantenemos precisamente aquí, y de los propósitos que persigue ¹.

No será preciso advertir que queremos escribir una página más, animados por esos mismos sentimientos ecuménicos. Y hemos escogido para ello precisamente un tema de todos, un tema de interés universal, en armonía con el temario general del XII Congreso Mariano Internacional de Fátima. Estudiaremos las apariciones marianas en el ambiente ecuménico. Nuestra labor será preferentemente informativa, no crítica; haremos un planteamiento y una exposición. Este es el primer paso del ecumenismo: la información y el mutuo conocimiento.

1. Cf. Pierre PETIT, *Lourdes, les Protestants, la Tradition chrétienne*. Col. «Les Bergers et les Mages», Paris, s. a., pp. 7-8.

El problema de las apariciones marianas —complejo e implicado, por las muchas cuestiones que incluye y supone— ha comenzado a despertar interés en el mundo acatólico de nuestros días, particularmente en el protestantismo. Lourdes ha sido el centro primordial de atención. Su ascendencia histórica lo justifica; pero, su fuerza de expansión ha lanzado también las preocupaciones hacia otros extremos, hacia el problema de las apariciones marianas en general. Una reciente declaración conjunta de Amsterdam dio a entender que este fenómeno de las apariciones marianas requería un detenido examen. Pierre Petit —a quien nos hemos referido más arriba—, no hace apenas dos lustros —y con él los protestantes— dio respuesta a esa pregunta que sin palabras iba formulando la Iglesia católica a través de la celebración del año mariano de Lourdes (1958), y que formula ahora también en las celebraciones cincuentenarias de Fátima:

«Nosotros —dice— somos preguntados (interpelados) particularmente como protestantes. Cuántas veces hemos escuchado en nuestras conversaciones cotidianas en las campañas de evangelización, plantear esta cuestión: "¿Y Lourdes? ¿Qué decís de Lourdes? ¿Es una realidad! ¿Porqué no creéis vosotros, como nosotros, en la Virgen y en el Papa?"» 2.

El interés del problema se ha agudizado desde entonces en el ambiente ecuménico. Veamos qué significan en nuestros días, en esta celebración de otra fecha memorable de las apariciones marianas: el cincuentenario de Fátima, esas apariciones maravillosas de María 3.

Nuestro estudio quiere ser un intento de consideración de algunos libros y escritos mariológicos, pertenecientes al ecumenismo, en los que se nos ofrece una explicación, o interpretación de las apariciones marianas.

2. P. PETIT, o. c., p. 6.

3. A pesar de su interés objetivo, este problema no ha tenido grande resonancia en la bibliografía moderna. No se le ha prestado atención en los estudios generales acerca de la doctrina mariana del protestantismo; ni se ha hecho referencia especial a él en los boletines bibliográficos de mariología más recientes, entre los que ocupan lugar preferente los publicados por Laurentin. La Col. «Maria et Ecclesia», publicada por la Academia Mariana Internacional de Roma contiene varios volúmenes, en los que se publican algunos estudios acerca de las apariciones marianas. Son estos principalmente el II (1959), el XII (1962), el X (1960) y el XIII (1962). Apenas se trata del tema en el protestantismo. En estudios especiales sobre las apariciones, su sentido, su fenomenología, como son los de A. Addone, R. Zavalloni, G. Colombo, H. Holstein, L. Lochet, etc., tampoco se trata apenas este tema. Ni siquiera se hace una información detallada en estudios de crítica e interpretación sobre Lourdes. El más interesante, bajo este punto de vista, es el de M. M. BUFON, OSM., *Lourdes nel Centenario*, en «Marianum», 1960, pp. 147-156. Puede verse también el estudio de J. Baptiste LAFFON, *L'influence de Lourdes dans la vie de l'Eglise*, en «Maria et Eccl.», II, 1959, pp. 416-418. Bajo otro punto de vista puede interesar también el estudio de G. J. DEDEBAN, *Lourdes, centre de vie théologique*, en «Virgo Inmac.», XVI, 1956, pp. 144-150, y el de J. KOENIG, *La Vierge de Lourdes, Lumière des incrédules et guides des croyants*, Paris, P. Téqui, 1934, pp. 145-230. De fecha más reciente, interesa también el estudio de A. LEITE, *Reparos sobre Fátima*, en «Broteria», vol. 85, n. 7, 1967, pp. 31-43.

Digamos también que intentaremos comprender y exponer la postura de algunos representantes de la teología ecuménica actual, frente a este problema.

2. Comencemos, ante todo, por determinar el sentido de las apariciones marianas. Se trata de un problema de interpretación en nuestro caso. Como tal es relativamente reciente; podemos decir que de hoy; puesto que hasta nuestros días apenas había suscitado interés fuera de la Iglesia católica el mensaje de las apariciones marianas y su misma realidad histórica. Con esto establecemos ya un límite cronológico a nuestro estudio y a nuestra consideración.

Pero, ¿de qué vamos a tratar en realidad? Las apariciones marianas son sucesos históricos que constituyen problemas complejos. Dichas apariciones llevan consigo la realización de no pocos milagros. Sobre todo, proyectan a la Iglesia y al mundo un mensaje religioso, generalmente sobrenatural. Tratándose de apariciones marianas, aprobadas por la autoridad eclesiástica, su mensaje ha pasado a interesar a toda la Iglesia. Su aceptación supondría, por tanto, un acto de fe que incluye las dos realidades: la aparición y el mensaje (aunque alguien podría aceptar la realidad del mensaje, prescindiendo de la realidad de la aparición). En este sentido, el problema es tan complejo como todo problema que repercute sobre la revelación y la fe de la Iglesia ⁴.

Aparte de todo, las apariciones marianas han ido acompañadas de sucesos milagrosos de distintos órdenes: milagros de carácter físico, de carácter moral, curaciones, conversiones, suspensión de las leyes de la naturaleza, etc. Esto provocó el entusiasmo, por una parte, con una larga literatura apologética, y la réplica por otra.

Nuestro intento no es reflejar el ambiente ecuménico en torno a esta literatura católica de avanzadilla, que ha expuesto y defendido la historia de las apariciones marianas y la realidad de los milagros de que han estado rodeadas: libros escritos sobre las apariciones de Lourdes, o Fátima, crítica de los sucesos, etc. En este caso, la controversia no se centraría propiamente sobre el problema de las apariciones en sí mismas, como fenómenos religiosos, sino más bien en el procedimiento adoptado por los católicos para probar lo que se juzga una realidad, que raya en lo sobrenatural. Es cierto que en estas controversias late una desconfianza sobre

4. No quiero decir que las apariciones sean revelación universal, ni que el aceptarlas sea un acto de fe, estrictamente dicho. La Iglesia no impone la fe en estas realidades; digo únicamente que son fenómenos que repercuten en la fe, por la obediencia sumisa debida a la autoridad del Magisterio Eclesiástico, que aprueba, fomenta y promueve el mensaje de dichas apariciones.

la historicidad de los sucesos; pero, sería excesivo recoger estos datos, que pertenecen más bien a la literatura crítico-histórica.

Las apariciones marianas son ante todo sucesos de orden religioso. Desde el punto de vista histórico, nadie negará su posibilidad, ni aun su existencia; sin embargo, desde el punto de vista religioso, se pueden proponer distintas interpretaciones, condicionadas a los distintos principios que se adopten en la visión del mundo sobrenatural. Y aquí es donde se sitúa la interpretación dada por el ecumenismo. No se trata, pues, de interpretar una aparición en cuanto suceso: si es aparición corporal, intelectual, imaginaria, etc., al estilo como propone su esquema sobre las apariciones —si bien a otro propósito— el P. C. Thrular⁵, ni de confrontarlas con los principios generales de la teología. Se trata más bien de interpretar las apariciones históricas, vistas como sucesos religiosos, que caen bajo el ámbito de la fe. Se trata sobre todo, de juzgar y valorar su contenido. Este es el tema clave. Porque las apariciones marianas vienen determinadas, en la historia de la salvación humana, con una finalidad bastante concreta, que se traduce en un mensaje sobrenatural. Por su carácter de novedad y proximidad a nosotros —me refiero solamente a las últimas más célebres: Lourdes y Fátima, porque las apariciones marianas en sí tienen una larga y antigua historia— podrían ser consideradas como una impostación y añadidura al mensaje universal del Evangelio.

Ahora bien; al tratar aquí de un problema de interpretación, es evidente que hemos de proponer también los principios, o al menos presuponerlos, en que buscan su apoyo y fundamentos tales interpretaciones.

Es preciso delimitar bien el problema, ya que se trata de una interpretación, y de unos sucesos complejos, como son las apariciones. Estos sucesos revisten diversos aspectos, cuyo valor y sentido debe ser determinado en fuerza de unos principios generales. Pensamos, por ejemplo, en el aspecto psicológico y en ese sentimiento religioso —como fenómeno social— que se suscita frente a la aparición portentosa. Holstein y Javierre ya aludieron a ello, tratando de explicar sus raíces y su legitimidad. Pensamos también en el aspecto teológico que ofrece una aparición portentosa. Es un suceso que manifiesta y propone un mensaje, en el cual se dan la mano lo natural y lo sobrenatural, lo espiritual, y lo que puede considerarse como vivencia cristiana del mensaje. Pensamos finalmente en el aspecto ecuménico, universal, a partir de su autenticidad, garantizada por el juicio de la autoridad eclesiástica, y ante la universalidad también del mensaje...

5. C. THRULAR, *Principia theologica de habitudine christiani erga apparitiones*, en «Virgo Inmac.», XVI, 1956, pp. 1-17.

Evidentemente, la teología ecuménica puede hablar y ha hablado sobre todos estos aspectos, con mayor o menor claridad, con más o menos insistencia. En la mayor parte de los casos nos ha ofrecido una interpretación particular de las apariciones, como sucesos religiosos.

3. Hemos venido refiriéndonos a las interpretaciones propuestas por los exponentes de la teología ecuménica, acerca del problema de las apariciones marianas. ¿Podemos hablar en términos genéricos, incluyendo a todos los autores, o teólogos? En general, no. Primero, porque se trata de un problema reciente. Y segundo, por el significado mismo y el sentido que tiene la teología protestante en nuestros días, en cuyos exponentes hemos de fijarnos con preferencia. Hacemos caso omiso en nuestras consideraciones del mundo de la ortodoxia. Ecumenismo dice más que protestantismo. Con todo, aun a fuer de arriesgar la exactitud del título de nuestro trabajo, reduciremos nuestro ángulo de visión solamente al campo protestante.

Ahora bien; delimitado así el ámbito de nuestra consideración fundamental, es preciso aun preguntarnos: ¿Se puede hablar de una postura protestantes general, frente al problema de las apariciones marianas? Como contestación a esta pregunta, hacemos nuestra una observación —aunque sea demasiado genérica— de S. Haker, que en el fondo hacen suya, en más o en menos, J. B. Buffon y Warrem. Dice así:

«No es fácil tarea fijar la posición del protestantismo moderno frente a la Madre de Dios. Porque el protestantismo no tiene un magisterio doctrinal, que podría indicarnos la posición *oficial*, o siquiera tradicional del mismo; de modo que al recoger indicios, citas o expresiones dogmáticas en la literatura protestante acerca de María, no salimos del círculo individual, de la órbita subjetiva de tal cual autor»⁶.

Lo mismo puede afirmarse de la postura de los teólogos anglicanos, entre los que no existe tampoco en este mismo terreno ni uniformidad, ni un magisterio oficial. Es más justo hablar de la postura de autores particulares, que de un sistema acerca de la Virgen María y sus prerrogativas, o de su oficio y misión en la vida de la Iglesia⁷.

6. R. STRUVE HAKER, *María en el protestantismo moderno*, Bogotá, 1959, p. 55. La conciencia de esta falta de unidad, doctrinal y jurídica, ha provocado en el protestantismo actual una fuerte corriente en pro de dicha unidad. El Rvdo. C. Kilmer Myers, obispo de la diócesis episcopaliana de California, en un sermón pronunciado en San Francisco a mediados de agosto de 1967, decía que los anglicanos y protestantes debían darse cuenta de que tienen necesidad de unirse al Papa, porque necesitan un Obispo simbólicamente potente, que dé expresión a la palabra de Dios en la actualidad. Este testimonio es un exponente.

7. Cf. F. M. CORR, OSM., *La doctrine mariale et la pensée anglicane contemporaine*, en «*María*» de H. du Manoir, III, pp. 711-731.

Lo que ocurre en general en torno a la figura de María, se ve constatado en el caso particular de las apariciones marianas. No podemos referirnos en bloque a los exponentes de la teología ecuménica; esto desbordaría la legitimidad de un planteamiento justo. No hay propiamente teología ecuménica en torno a las apariciones portentosas de la Virgen María.

Nadie piense que las limitaciones que imponemos a nuestro trabajo, considerando solamente algunos casos concretos, obedecen a un compromiso. Incluso podemos decir —y debemos confesarlo paladinamente— que la postura adversa de algunos autores frente a las apariciones marianas, no anula ni rebaja en nada la veneración y la devoción que en general el protestantismo, y en particular el americano, siente hacia la Madre de Dios. Son dos campos distintos. Pero, tampoco aquí es lícito universalizar. Cada comunidad tiene unas prácticas y se rige por unas normas ⁸.

4. Hay que tener en cuenta, aparte de cuanto hemos dicho, que no existe una literatura ecuménica general en torno a las apariciones marianas, como existe en el campo católico. Los teólogos protestantes se han limitado, más bien, a interpretar algunos casos particulares, con preferencia las apariciones de Lourdes. No obstante, los principios en que fundan esas interpretaciones —nos referimos en particular al caso de P. Petit— tienen una proyección y unas dimensiones universales; por eso, me parece que es legítimo universalizar sus juicios y generalizarlos, haciéndolos extensivos al problema de las apariciones en general.

Esta actitud impone cierto condicionamiento a nuestro trabajo; ya que hemos de deducir en ocasiones de algunos casos particulares, unos principios y leyes, que tengan validez y aplicación a un problema general, como el que estudiamos. Pero, el procedimiento no es absurdo, ni ilegítimo, como veremos. Antes bien, tiene a su favor claros y manifiestos testimonios.

5. Finalmente, para aclarar y garantizar nuestro procedimiento hemos de advertir, que en alguna ocasión hemos de hacer uso de principios doctrinales de carácter general, que lógicamente manifiestan una actitud concreta frente al problema que nos ocupa. Tampoco esto es ilegítimo y vicioso; porque la interpretación de un caso particular, como el que estudiamos, necesariamente ha de ajustarse a unos principios generales, bien adoptados por un autor, bien vigentes en un sistema, cuando este existe.

8. Cf. K. DOUGHERTY, *Contemporary American Protestant attitudes toward the Divine Maternity*, en «Mar. Stud.», 1955, pp. 137-138. Este autor refiere diversas manifestaciones entre los protestantes americanos, que son de auténtica devoción mariana. Cf. también, F. M. CORR, OSM., *La doctrina mariale...*, l. c., pp. 729-730.

II. EXPOSICION

1. *Las apariciones marianas hechos históricos y teológicos.*

1) Las apariciones marianas no son simples hechos históricos. Nos referimos en particular a esas apariciones que la autoridad de la Iglesia ha reconocido y aprobado oficialmente y que han dado origen a un culto especial en honor de la Virgen Madre de Dios: fiesta litúrgica, santuario mariano, oraciones e invocaciones especiales, etc. Estos fenómenos son manifestaciones de la perenne acción salvadora de Dios, por medio de Jesucristo y de su Madre.

Este preámbulo no necesita demostración ni comprobantes para un católico. Si las apariciones marianas gozan de importancia como sucesos históricos, la tienen mucho mayor bajo su aspecto sobrenatural y bajo el signo de mensaje. La Virgen María irrumpe visiblemente en la historia del mundo y de la Iglesia, de una manera milagrosa y sorprendente —aunque el milagro haya sido sólo perceptible para un corto número de personas—, no sólo para garantizar la realidad de su presencia, sino para traer un mensaje, o recordar unas exigencias concretas de vida espiritual y cristiana. Este es precisamente el valor y el contenido teológico de estas realidades maravillosas.

El mensaje de las apariciones suscita complejos problemas de carácter doctrinal. ¿Se trata de manifestar una nueva verdad a la Iglesia, o solamente de inculcar y renovar algunos aspectos del mensaje evangélico? Lourdes fue una confirmación del dogma de la Inmaculada Concepción de María; Fátima es una llamada apremiante a la conciencia de los católicos, en un mensaje de abnegación y de penitencia por los pecados.

Desde el punto de vista ecuménico, estos hechos pueden tener sentido en sí mismos; pero, tal vez se les haya dado demasiado importancia —al menos este es uno de los reparos fundamentales— haciendo de menos a otros principios más universales y más vitales para la Iglesia: la presencia y la acción de Jesucristo Mediador. Lo veremos más adelante. Desde cualquier punto de vista, el principio de la *Sola Scriptura* y de *Solo Cristo* podría verse afectado y comprometido ante el reconocimiento de un mensaje espiritual, lanzado al mundo a través de una aparición de la Virgen María.

Las apariciones marianas han promovido de manera efficacísima —y en ocasiones casi exagerada— el culto en honor de nuestra Señora. En torno a los lugares de las apariciones se han concentrado multitudes electriza-

das por el fervor, el entusiasmo y el amor a María. Se han creado santuarios que son frecuentados por millares de peregrinos.

El mensaje de las apariciones ha despertado la conciencia de muchos cristianos, tornándose en fervorosos propagadores de la devoción mariana. Los Romanos Pontífices han promovido y fomentado con su autoridad y exhortaciones este movimiento de devoción. Paulo VI muy recientemente (13 de mayo de 1967) viajó a Fátima como peregrino de la paz y portestandarte de la devoción mariana, arrastrando con su ejemplo a miles de cristianos.

No será lícito afirmar que las apariciones marianas hayan creado un culto propio y desconocido, o que hayan modificado sustancialmente los sentimientos del pueblo cristiano hacia nuestra Señora. Santuarios, peregrinaciones, culto a imágenes famosas han existido desde los primeros siglos de la Iglesia. El fenómeno a que asistimos en nuestros días no es más que el desarrollo normal, y casi necesario, de un sentimiento religioso, que hoy encuentra más fácilmente y de manera más eficaz su expresión.

Con todo, esta interpretación del sentido cultural y teológico de las apariciones marianas tal vez no satisfaga a todos, ni aquiete todas las inquietudes. Los principios generales de la mariología, por los que se rige la auténtica devoción mariana, incluso el resultado del análisis de los sucesos históricos, pueden llevar a conclusiones un tanto diversas, según se adopte una, u otra postura.

Las apariciones marianas manifiestan particularmente un sentido religioso profundo. Su aceptación es un testimonio de religiosidad. Además, la vivencia cristiana del mensaje de las apariciones acrecienta la vida espiritual y la práctica de los sacramentos. Devoción y vida van aquí muy estrechamente unidas. Precisamente resplandece aquí el signo de la auténtica piedad eclesial: la devoción a la eucaristía y la comunión sacramental.

O. Cullmann, dando una explicación de los sacramentos cristianos en el Evangelio de San Juan, parece afirmar que los milagros de Jesús fueron una como preparación para su inteligencia y para su institución en la Iglesia. Laurentin hace una aplicación de este pensamiento al mensaje y a las apariciones de Lourdes, diciendo que los milagros allí realizados —y ante todo el milagro base: la aparición misma— nos conducen también a la comprensión de los sacramentos de la Iglesia: al bautismo, por ejemplo, del que los milagros son como un signo exterior, y a la penitencia que los Padres de la Iglesia llaman un segundo bautismo ⁹.

9. O. CULLMANN, *Les sacrements dans l'Évangile joannique*, Paris, 1951; Cf. R. LAURENTIN, *Les apparitions de Lourdes*, en «Virgo Inmac.», XVI, Roma, 1956, p. 70.

Sea de esto lo que quiera, es enteramente cierto que las apariciones marianas han promovido muy eficazmente la práctica de los sacramentos. Puede decirse también que en torno a las apariciones han existido algunos abusos; pero, ello nada dice en contra de su legitimidad, ni en contra de su sentido sobrenatural, o del valor de su mensaje. Ante esto, es preciso tener en cuenta que toda interpretación que no vaya regida por unos principios teológicos, y por un criterio estrictamente católico, chocará con inconvenientes y reparos, que pueden dar origen a dudas acerca de la legitimidad de las apariciones marianas, o del sentimiento católico frente a ellas.

2) Es preciso tener en cuenta otro aspecto. Las apariciones marianas tienen un sentido soteriológico. Son realizaciones dentro del desarrollo de la historia de la salvación y signos visibles de la benevolencia de Dios y de su gracia; señales exteriores de la acción de María en la vida espiritual de la Iglesia.

De modo particular, las apariciones marianas nos manifiestan una intervención singular de la Madre de Dios en beneficio de la salvación de los hombres. Ella puede ser considerada como agente, de una manera más o menos directa, de esta promoción de vida espiritual en torno a un centro: su aparición milagrosa. Aunque su acción esté siempre subordinada a la acción de Dios, no puede menos de admitirse su intervención especial y singularísima.

¿Hasta donde es legítimo hablar de esta intervención especial de María? Hay que situarse sin duda en el terreno de su misión soteriológica en la Iglesia. En este caso, implícitamente estamos suponiendo su asociación íntima con Cristo en la obra de la salvación y la realidad de su maternidad espiritual y de su mediación salvadora que, como dice el Concilio Vaticano II, *perdura sin cesar* (n. 62 de la Const. *Lumen Gentium*).

Fácilmente se comprende, que una interpretación exacta y auténtica de las apariciones marianas, en todo lo que ellas comprenden y desde este punto de vista, supone la aceptación de otros principios, a los que no asienten por lo general la teología ecuménica.

3) Pero, no son los principios doctrinales los únicos factores que han determinado la postura de los teólogos del ecumenismo frente a las apariciones marianas. Tratamos aquí de la interpretación de unos sucesos eminentemente religiosos, como hemos notado más arriba. En este caso, no podemos desconocer ni soslayar el peso de unas circunstancias ambientales, de una educación del sentimiento religioso y de la conciencia cristiana; de ciertos abusos cometidos, o fomentados en torno a las mismas apariciones.

En efecto, la interpretación de un hecho religioso es fruto también de un clima intelectual y psicológico, formado por corrientes de distinta altura y preponderancia. No sólo cuentan los principios doctrinales; sino los determinantes de la educación religiosa de la persona. Y no puede decirse que una interpretación, en la que influyen tales factores, sea valadísima e inconsistente; porque es la personalidad la que determina en este caso una actitud o una postura, frente a un hecho y su misma interpretación.

Al estudiar el tema de las apariciones marianas en el ecumenismo hay que tener en cuenta el estado científico y ambiental en que se mueven sus intérpretes. Haciendo caso omiso de estos factores, será difícil dar una explicación objetiva de su actitud, y aun comprender la actitud misma.

Desde el punto de vista católico han sido estudiadas las apariciones marianas, particularmente de Lourdes y Fátima, en el plano histórico, científico y teológico. Pero, falta —como observa Magli— un estudio a fondo desde el lado ambiental. Esta ausencia nos impide de momento dar un juicio enteramente autorizado de la reacción y repercusión de esos fenómenos en el ambiente ecuménico, o explicar sus causas y determinantes ¹⁰.

Lo mismo puede decirse de esos excesos y abusos, que larvadamente se han alimentado en torno a las más célebres apariciones marianas y al recinto de sus santuarios. Sin duda, ellos pueden haber influido, como un factor desfavorable, en la actitud adoptada por no pocos autores pertenecientes al protestantismo.

En este sentido, un intérprete de los hechos no puede pararse en la simple consideración del mensaje de las apariciones, convencido de su oportunidad y legitimidad. Es preciso que analice y tenga en cuenta también su fenomenología y el colorido en que va envuelta su difusión y su desarrollo. Por esto, reflexionaremos sobre este particular, movidos por un deseo de plena objetividad.

4) Es innegable que las apariciones han contribuido muy eficazmente al desarrollo de la devoción y de la piedad marianas. Han hecho más cercana y más próxima a los hombres la figura de María, porque ella misma se ha hecho presente en el mundo con esa presencia misteriosa y sensibilizada, signo exterior de otra presencia espiritual, más profunda. Las apariciones marianas han puesto fuertemente en juego la psicología de los individuos y de los pueblos, lanzándolos a un entusiasmo masivo, ante la presencia y el descubrimiento —hasta cierto punto— de lo maravilloso, de lo misterioso y oculto. Asistimos en realidad a un fenómeno, no sólo

10. Cf. A. MAGLI, *Problemi Psicologici dell'apostolato in rapporto alle apparizioni di Lourdes e Fátima*, en «Mar. et Eccl.», XII, Romae, 1962, pp. 337-361.

individual, sino de amplitud y perspectivas universales, ecuménicas; provocado ¿por quién?... Es la pregunta formulada por el ecumenismo.

Puestos a dar la respuesta, es conveniente no olvidar que el movimiento mariano en torno a las apariciones ha sido alimentado en algunas ocasiones, aunque las menos, por fuerzas y factores menos limpios; al menos, ese desarrollo ha ido envuelto y complicado con una confusa corriente de sentimientos y actitudes, generalmente de carácter colectivo. Eso que Laurentin ha considerado como *vicios y deformaciones* de la auténtica piedad mariana, que en parte tiene vigencia, aunque muy atenuada, en nuestros días, ha hecho su aparición también en la historia y en la vivencia cristiana de las apariciones de la Virgen María.

La *materialización* de la devoción puede considerarse como una deformación más o menos perniciosa. A veces ocurre que esas formas materializadas obedecen a falta de capacidad psicológica, o a otros condicionamientos de los individuos; pero, esto no importa, ante la realidad de los hechos.

Las apariciones marianas y el movimiento provocado en torno a ellas, en ocasiones incontrolado y abusivo, han prestado favor a esta materialización devocional. La persona de la Virgen María se ha visto condicionada, materializada a un lugar y a una figura, con cierto detrimento de una espiritualización más elevada. A causa también de las apariciones marianas se han reducido los ángulos de visión a un solo mensaje, o a una sola necesidad espiritual, aunque se trate de situaciones urgentes en la Iglesia, con detrimento tal vez de una actitud más universal y ecuménica. Esto no quiere decir que sea rechazable y vitanda toda materialización de lo sobrenatural, máxime en el terreno de las devociones; ya que el hombre es una realidad concreta y sensible, que llega al conocimiento de las cosas a través de una sensibilización, y que no puede vivir en una atmósfera puramente espiritualista. El equilibrio es aquí la base de la seguridad y rectitud.

Lo mismo cabe decir del exceso de *afectividad*, cuyos grados están en correspondencia —la mayor parte de las veces— con la sensibilización y la materialización. La figura de la Virgen aparecida, sus palabras, sus gestos, el mismo lugar de las apariciones despiertan espontáneamente sentimientos entusiastas, que en ocasiones rebasan la línea de lo que la pura fe y la devoción verdadera pueden controlar e informar. La afectividad es un sentimiento natural del hombre. No existe razón válida para desterrarla, o eliminarla, mucho menos de la vida de piedad; pero, sus excesos —fruto de una falta de control, o de otras desviaciones— no sólo no prestigian la vida piadosa —ni aun en torno a la figura de María—, antes por

el contrario entorpecen y dificultan su verdadera comprensión en un ambiente ecuménico.

Es verdad también que la afectividad está en crisis. Pero, su fiebre no ha sido provocada por elementos de orden religioso. Antes por el contrario; ha repercutido desfavorable y abusosamente en el terreno de lo religioso. En todo caso, el campo de las creencias y de la devoción —como lo demuestra la historia religiosa—, ha sido siempre un terreno abonado para germinar en él —al amparo y al calor de otros recursos de los estratos inferiores del hombre y de la sociedad— raíces deformadas y silvestres, espinosas e híbridas, cuya influencia y expansión ha invadido el campo de la piedad.

Una interpretación auténtica y ecuaníme de la actitud de los teólogos del ecumenismo ante las apariciones marianas, precisa tener en cuenta estos factores y este estado de cosas. El medio ambiental en estas circunstancias y en su doble vertiente: en el catolicismo y en el ecumenismo puede suministrarlos la clave de una interpretación no expuesta a riesgos. Si logramos descifrar el resultado del mutuo contacto —a veces choque reaccionario— de esas dos fuerzas y tenemos en cuenta su influjo poderoso, podremos dar razón con mayor facilidad de ciertas actitudes, que de otro modo juzgaríamos como infundadas, o calificaríamos de inexplicables.

Pero, no es esto sólo; aparte de la fenomenología del mensaje de las apariciones hay que conocer también el clima creado en torno a ellas por los mismos católicos, en particular por quienes han intentado una interpretación científica y teológica de ese mensaje. ¿Qué clima es este?

2. *Reservas y valicaciones en el campo católico frente a las apariciones marianas.*

La interpretación de las apariciones marianas exige una pedagogía, una educación de la fe, que no siempre ha existido, ni aun en el campo católico. Lo mismo requiere la vivencia del mensaje. Educación de la fe, de la que A. Müller escribió a otro propósito —si bien dentro del campo de la mariología—, que constituye el criterio adecuado del verdadero creyente.

J. M. Nicolás aludía también a esta exigencia. Aunque reconoce que en el catolicismo no existe una mariología deformada —ni una vivencia mariana descarriada— como fenómeno generalizado, sin embargo:

«lo que por el contrario permanece una tendencia peligrosa es lo que yo llamaría —dice— el mal uso de las apariciones marianas. Lejos de mí el poner en duda la realidad, ni por añadidura el valor religioso de las principales apariciones marianas. Se sabe que Roma

no se precipita en autenticarlas. Y cuando ella las reconoce dignas de fe, espera que se las respete y desea que sirvan de estímulo al fervor particular y colectivo» ¹¹.

A pesar de todo, acecha el peligro del mal uso de las apariciones marianas en el campo católico. Verdad es que esto nada dice en contra de la legitimidad de las apariciones mismas. Pero, ¿quién no ve que puede empañar el cristal a través del cual debemos mirarlas e interpretarlas?

Dentro del catolicismo ha tenido vigencia una actitud que manifiesta ciertas reservas frente a las apariciones, tomando como puntos de referencia las de Lourdes y Fátima. No se niegan los hechos, ni se rechaza el mensaje; pero se pone sordina a su valor, y se involucra en sombras de confusión su fenomenología.

L. Lochet sitúa muy bien el problema —y con una preocupación ecuménica— cuando reflexiona de esta manera:

«Se puede preguntar uno si al aceptar esta corriente de piedad mariana, esta creencia en las apariciones, esta devoción a las peregrinaciones, la Iglesia no cede a una suerte de sortilegio, ante prácticas más atrayentes que profundas, más pintorescas que sólidas. Ella, que se muestra tan severa para otras iniciativas, ¿faltaría por una vez a su vigilancia, dejándose llevar por una corriente muy superficial de piedad sentimental?...

Merece la pena plantear estas dificultades. Esta reflexión de desconfianza tomará carne sin duda en todos aquellos que, cercanos a la Iglesia, la miran desde afuera. Estas formas de devoción provocan en ellos con frecuencia una verdadera repulsa... Puede ser que nosotros no hagamos muchos esfuerzos para hacerles comprender y presentarles estos hechos en una dimensión que les haga aceptables, como tampoco para discernir lo que debe retenerse de sus críticas, y que nos invita a una mayor profundidad en esta devoción mariana» ¹².

¿Se podrá achacar a la teología católica el no haber presentado el fenómeno de las apariciones marianas en una dimensión que las haga aceptables para los no católicos? Tal vez no abunden los datos para una censura; pero, existen algunos testimonios, que constituyen un síntoma y un pródromo.

François Roy reflexionaba sobre lo mismo en 1962, a propósito de las apariciones de Lourdes ante el Magisterio de la Iglesia. Y ponía en evidencia datos espigados en algunos escritores católicos. La Iglesia, que había manifestado en un principio una actitud expectante frente a los sucesos de Lourdes, fue viendo con mayor claridad, después de cincuenta años, que aquellos acontecimientos significaban una intervención de Nuestra Señora, de signo eclesial excepcional ¹³. Aquí surge espontánea la pre-

11. J. M. NICOLAS, *L'expérience mariale catholique*, en «Et. Mariales», XX, 1963, p. 76.

12. L. LOCHET, *Apparitions*, *NouvRevTheol.*, 1954, pp. 949-950.

13. Dom. F. ROY, OSB., *Le fait de Lourdes devant le Magistere*, en «Mar. et Eccl.», XII, Romae, 1962, p. 35.

gunta: ¿Cómo se compagina con esto la actitud reservista de algunos católicos?... Y ella existe.

P. Dumas, a propósito también del caso de Lourdes, no tiene inconveniente en escribir:

«Ciertamente Lourdes no es un artículo de fe; podeis ser católicos, afirmando que allí no ha pasado nada y que allí no pasa nada. Si la Iglesia después de mis dudas y encuestas ha proclamado la realidad de los hechos, no ha impuesto a nadie ninguna creencia»¹⁴.

En realidad, Lourdes no es un artículo de fe. Pero, el Magisterio ha manifestado una actitud tan descesiva, que no es oportuno ni legítimo contrariar. Ello crearía un clima de desconfianza y de pseudocatolicismo frente a estos, y otros sucesos parecidos.

En el año 1958 *L'Ami du Clergé* publicaba lo siguiente:

«La Iglesia no aprueba directamente ninguna de estas manifestaciones, como lo requiere la fe de los fieles. Ni aun en el caso de Lourdes, jamás la Iglesia se ha pronunciado directa y explícitamente sobre la realidad de las apariciones. Roma ha tenido siempre cuidado en precisar que la aprobación que se dio fue del obispo diocesano... Y esta aprobación fue un juicio relativo a la moralidad y ortodoxia de tal manifestación, es decir, que no contenía nada contra la fe y la moral»¹⁵.

Guardar el equilibrio entre dos extremos: el exceso de credulidad y la desconfianza temeraria no es nada fácil en un terreno como este. Gran parte de los cristianos han derivado a uno de los dos lados opuestos. Hace dos lustros el P. C. Balic recomendaba frente a estos fenómenos: ni excesiva credulidad, ni excesiva desconfianza. A su vez, delataba una actitud no muy clara ni ajustada a las exigencias de los principios, en quienes se acercaban a interpretar los hechos, prescindiendo de la guía del Magisterio infalible del Papa:

«Respecto a las apariciones —decía—, a las visiones y a las revelaciones de nuestro tiempo cabe una doble actitud de los hombres. Algunos tienen la sensación de vivir en tiempos de fábulas grotescas, de fantasías excitantes o alucinantes, de morbosidades psíquicas, debidas a la desnutrición, a los horrores y pesadillas de la guerra. Otros, en cambio, piensan que hemos vuelto a los primitivos tiempos del cristianismo, cuando en las persecuciones y tribulaciones se realizaban los milagros más estrepitosos: la Reina del cielo y de la tierra, nuestra Madre, con sus manifestaciones directas, pretende consolar

14. P. DUMAS, *Les clés de Lourdes*, Paris, 1958, p. 19.

15. *L'Ami du Clergé*, 1958, p. 53. El mismo autor suaviza sus expresiones en esta forma: «Aunque el hecho de Lourdes no se impone a nuestra fe, sería una gran temeridad despreciarlo, y sobre todo negarlo; pues tal hecho, con todos los milagros que le acompañan, presenta todos los caracteres de una intervención divina. Prudentemente la Iglesia dice: *el dedo de Dios está aquí* (l. c., p. 37).

el corazón angustiado del pueblo cristiano, sosteniendo su fe puesta a prueba por el materialismo ateo. Por consiguiente, algunos encuentran en todas las apariciones y visiones marianas fenómenos sobrenaturales; otros no ven en ellas más que alucinaciones, sugerencias individuales y colectivas. Entre estos extremos, causas de opuestos errores, camina a paso lento la mayoría de los fieles y la autoridad religiosa» 16.

Las mismas reflexiones hacia Lochet en 1954, comentando unas frases del Cardenal A. Ottaviani, en las que recomendaba también prudencia frente a las apariciones, poniendo en guardia a los católicos de todo el mundo contra el iluminismo, que provoca lo maravilloso. Pero, las observaciones de Lochet no se reducen a eso. Después de estudiar la desconfianza racionalista frente a los sucesos sobrenaturales, pone de relieve también cierta desconfianza manifestada por la Iglesia: desconfianza que calificaríamos de una actitud prudente ante la inseguridad de los hechos, que de momento no aparecen claramente constatados; pero, que algunos convirtieron en signo de una actitud minimista 17.

Idénticas reflexiones hacia Zavalloni en 1962, comentando el escepticismo de los racionalistas frente a las apariciones marianas. Reconoce que tales apariciones, aprobadas por el Magisterio de la Iglesia, son legítimamente objeto de la devoción de los fieles, y que han pasado a constituir fiestas de carácter litúrgico. «Nihilominus, dice, fatendum est de eiusmodi apparitionibus persaepe Ecclesiam difidare», y lo que es más; comentando algunas controversias, suscitadas en torno al caso de Lourdes, reconoce que no faltan católicos que manifiestan cierta perplejidad, retraídos por una desconfianza iconoclasta 18.

Recientemente Antonio Leite se ha ocupado de comentar la postura de algunos teólogos católicos, que manifestaron ciertas reservas acerca de las apariciones de Cova de Iria. Movido por algunas críticas al viaje de Paulo VI a Fátima, afirma que el fondo de la desconfianza es el caso de Fátima, más que el viaje del Pontífice. Se hace cargo de ciertas actitudes anteriores a ese suceso, que resume en tres fórmulas, de las cuales las dos primeras ofrecen interés en nuestro caso. 1) Las apariciones y el mensaje de Fátima no están suficientemente comprobados; 2) La devoción mariana de Fátima se manifiesta en formas excesivas de culto a Nuestra Señora, que deforman las líneas esenciales de nuestro cristianismo. Tales formas «inferiores», o «groseras» de devoción son anticonciliares; porque no se enmarcan en las líneas de orientación formuladas en el capítulo VIII de la Constitución

16. C. BALIC, OFM., *Apariciones marianas en los siglos XIX-XX*, en «Enciclopedia Mariana Theotocos», trad. española, Ed. Studium, Madrid, 1960, p. 255.

17. Cf. L. LOCHET, *Apparitions...*, t. c., pp. 951-952.

18. Cf. R. ZAVALLONI, OFM., *De apparitionum phenomenologia*, en «Mar. et Eccl.», XII, Romae, 1962, pp. 307-309.

Lumen Gentium, y son sobre todo entiecuménicas, por ser inaceptables para los cristianos separados, en especial los protestantes ¹⁹.

Para ilustrar estas fórmulas, Leite refiere algunos testimonios de escritores católicos, que criticaron la credibilidad de los sucesos de Fátima, y que discutieron sobre todo el valor teológico de las apariciones y de su mensaje. Los testimonios aportados no dejan lugar a dudas. Dada su importancia y su amplitud, contribuyeron a crear un clima confuso en torno al elemento fundamental de las apariciones, en sentido religioso: el valor de su mensaje sobrenatural y cristiano.

Si hemos propuesto estos datos ha sido para deducir una conclusión: el clima en torno a las apariciones marianas no aparece muy clarificado en estos últimos años. Aún entre los mismos católicos han existido divergencias y ciertas reservas. No se han negado abiertamente los hechos; pero sí se ha pretendido desvirtuar el valor de su significado, minimizando incluso la postura del catolicismo, o suscitando reparos, que sembraron cierto desconcierto. Se ha dibujado una opaca sombra, que ha encubierto estos fenómenos y ha impedido que irradiara en parte su esplendor.

Idéntica conclusión parece deducirse de algunas tentativas de renovación mariológica. No faltan quienes encuentran dificultades para incorporar en un esquema de mariología, presidido por las líneas de la renovación actual: *biblica, patristica, ecuménica*, el tema de las apariciones marianas. Su *novedad* es un factor adverso contra lo que se considera como tradicional. Su ausencia de fundamento bíblico aconsejaría a completar —y tal vez a modificar— la ensañanza de la Sagrada Escritura. Piénsese en la tesis de Jesucristo, como único Mediador. Los mensajes de las apariciones llevan consigo una manifestación también de la mediación soteriológica de María.

No quiero afirmar, ni mucho menos, que en el esquema de la verdadera mariología no encuentre asiento el capítulo de las apariciones marianas y de su mensaje. Sé muy bien que la mariología actual, la mariología de integración, propugnada por nosotros fundados en la actitud y en la doctrina del Vaticano II, da cabida dentro de sus líneas fundamentales —de una manera espontánea y sin estridencias—, al problema de las apariciones marianas, como manifestación de ese oficio maternal de María, que perdura sin interrupción en la Iglesia (n. 62 de la Const. *Lumen Gentium*), y como una concreción del culto y veneración a la Señora. Esto nada dice en contra de los principios inalterables de la fe cristiana. Con todo, me parece

19. Cf. A. LEITE, *Reparos acerca de Fatima. A proposito da peregrinação de Paulo VI*, en «*Broteria*», vol. 85, n. 7, 1967, p. 32. La tercera fórmula de los reparos se refiere al aspecto político del viaje del Papa.

importante tener a la vista los factores comentados —y no son más que unas constataciones—, a la hora de enjuiciar este problema en el ecumenismo; máxime si intentamos conocer las causas que pueden determinar la actitud de los teólogos protestantes.

3. *Algunos principios doctrinales.*

1) Si el ambiente confuso, aun dentro del catolicismo, puede haber influido en la postura de algunos teólogos protestantes, en su interpretación y valoración de las apariciones marianas, es indudable que el factor decisivo son los principios doctrinales, que constituyen el armazón y ensamblaje de su sistemática. Fallaría nuestra metodología, si no comentásemos aquí, por tanto, algunos de estos principios, al menos los básicos y fundamentales.

Hemos dicho que las apariciones, según nuestro planteamiento, constituyen un problema complejo, en el que se conjugan elementos de carácter histórico y de orden religioso. Por lo mismo su interpretación no puede obedecer a un solo motivo, o a unos postulados simples.

Por otra parte, no es fácil señalar los principios que determinan la postura de los teólogos frente a este problema. Es preciso tener en cuenta que en el ecumenismo no existe una doctrina sistemática acerca de la Virgen María, menos aun acerca de sus manifestaciones maravillosas. Más que hablar de un sistema uniforme deberíamos hablar de autores concretos. Con todo, existen ciertos principios en los cuales convienen la mayor parte de los teólogos del ecumenismo, y que sin duda han influido en su interpretación de las apariciones marianas.

Pierre Petit, refiriéndose al caso de Lourdes, reconoce que el problema de las apariciones necesitaria para su recta comprensión un largo estudio desde el punto de vista bíblico. Y sobre todo, una reflexión teológica; porque es indudable, a su juicio, que están implicadas en él algunas cuestiones, que estudia y explica la teología²⁰. Se impone, por tanto, reflexionar sobre algunos principios de carácter teológico, a fin de aclarar y resolver dichas cuestiones.

Hay que tener en cuenta también que este problema forma parte de otro más amplio y general: del relativo al culto y a la veneración hacia nuestra Señora. Sus principios, por tanto, deben buscarse igualmente por esta línea. Brandenburg analizó, a otro propósito, algunos de estos prin-

20. Cf. P. PETIT, *Lourdes, les protestants, la tradition chrétienne*, Paris, s. a., p. 100, nota 16.

cipios. A nosotros puede servirnos de guía y orientación su estudio, pues encontramos ciertas interferencias y una gran semejanza en los problemas estudiados ²¹.

2) El principio de la teología evangélica: *sola Scriptura* tiene aquí su aplicación exacta. *Solo la sagrada Escritura es regla y norma de la fe, de las creencias y del culto-veneración*. Lo demás, símbolos, decisiones de la Iglesia frente a la Escritura no tienen un valor constitutivo, ni siquiera interpretativo de categoría primaria.

Aunque este principio suele formularse con toda precisión, no todos los protestantes lo entienden de una manera uniforme, o le conceden la misma amplitud. Por eso, aun en la inteligencia y aplicación de dicho principio hay que atender más a las tendencias teológicas de los diversos autores, que al sentido del principio en sí, o al pensamiento en bloque de toda una confesión ecuménica.

Las apariciones marianas caen fuera de los límites propiamente dichos de ese principio normativo y constitutivo a la vez. Se trata de una *novedad* en la historia de la Iglesia y de sus doctrinas, incluso en la historia de la Iglesia romana, como reconoce y afirma Petit (l. c., p. 13). Esta novedad está en oposición con el sentido y el valor de la tradición cristiana, y más aun con la enseñanza bíblica.

El fenómeno de las apariciones marianas, bajo su aspecto de mensaje, debe interpretarse a través de este principio. La teología ecuménica acepta solamente el mensaje evangélico. Otros mensajes universales en la Iglesia son juzgados como una impostación y una añadidura, que debe ser rechazada. Así se expresaba un pastor protestante en el Semanario *Réforme*, 2 de noviembre de 1957, a propósito de las apariciones de Lourdes. Opinaba que frente al mensaje mariano de las apariciones, las Iglesias protestantes deberían poner de relieve y aun urgir el mensaje evangélico, sin réplicas ni aditamentos ²².

H. Roux, y más recientemente Richard-Molard a propósito del mensaje de Fátima, se acoge también a este principio básico, a la hora de definir su postura frente a este fenómeno, vivido en la Iglesia católica.

3) La teología protestante se rige por otro principio que tiene vigencia en nuestros días. Ese principio puede formularse así: *Solus Deus*, es decir, solamente Dios, como ser supremo con dominio absoluto sobre

21. Cf. A. BRANDENBURG, *De mariologia ac de cultu venerationeque Mariae apud christianos distinctos protestanticos, hoc tempore vigentibus*, en «De Mariol. et Oecumenismo», Romae, 1962, pp. 479 ss.

22. Cf. P. PETIT, l. c., p. 99, nota 1b.

todo lo creado, obra y actúa la salvación. *Solus Christus*, sin la cooperación eficiente de ninguna otra creatura, es reconciliación de los hombres con Dios. *Sola gratia*, en cuanto es benevolencia de Dios, sin otra cooperación humana representa la condición del hombre cristiano, su estado peculiar, su modo de ser singular y propio.

La formulación de este principio encuentra ciertas limitaciones; pues, algunos teólogos repiensen en la actualidad su legitimidad y miden con detenimiento todo su alcance. No obstante, lo hemos visto aplicado en una de sus partes en el caso precisamente de las apariciones marianas, particularmente en la interpretación del hecho de Lourdes. Un Pastor protestante escribía en el Semanario *Réforme*, antes citado, esta frase:

«¿Porqué la Federación Protestante no publica una declaración, que fuese difundida en toda la prensa..., testimoniando que sólo Jesucristo es el Único Mediador? No se trataría de abrir una polémica, sino de una afirmación evangélica».

Las apariciones marianas, dentro de la historia de la salvación, muestran bien claramente la acción y la intervención de María en sentido soteriológico. El principio: *solus Deus, solus Christus, sola gratia* no deja lugar a esta intervención, que en cualquier sentido haría de menos y rebajaría la acción absoluta, universal e incondicional de Jesucristo. A no ser que se diga que Jesucristo se manifiesta y actúa precisamente por medio y a través de María. Pero, ni aun así se daría satisfacción a los hechos, ya que en la mariología católica, y en particular en la del Vaticano II, no se puede negar esa multiforme acción de Nuestra Señora, aunque siempre subordinada a Cristo y dependiente de El.

4) *La realidad y el concepto del sobrenatural (preternatural)*: Las apariciones marianas son un signo exterior y una manifestación patente del sobrenatural. No sería necesario analizar datos y realidades periféricas, para probar este aserto. La aparición en sí misma presenta esta impronta y va marcada con ese signo de lo sobrenatural y milagroso.

A. Combes afirmaba con decisión esta característica refiriéndose a las apariciones de Lourdes, a sus formalidades y a su mensaje.

«En Lourdes —dice— ...nadie ha pretendido refutar la tesis de la imposibilidad del milagro. En Lourdes se está en otro plano, no hay lugar a discusiones técnicas; es el plan de los hechos el que se impone... Nadie puede negar los hechos, porque nadie del mundo los puede provocar. Si son una realidad, se impone la pregunta: ¿qué significan?... El contacto con lo sobrenatural...»²³.

23. A. COMBES - L. J. LEFEVRE, *Pèlerinage spirituel a Lourdes*, Les Edit. du Cèdre, Paris, 1959, pp. 21-23, 29-30.

Las apariciones marianas han ido acompañadas frecuentemente de otros fenómenos milagrosos. La aparición en sí misma es ya un milagro. No importa que existan dificultades, dado el desconocimiento del alcance y poder de las leyes físicas, y nuestra ignorancia también sobre ciertas leyes de carácter natural, que nos impiden medir todo su poder. A pesar de todo, existe la transcendencia y ella se palpa en esos fenómenos que la Iglesia ha aprobado como reales.

La existencia del sobrenatural es clave para toda interpretación auténtica y objetiva de las apariciones marianas. Si en la teología mariana se rebaja el signo de los hechos sobrenaturales, o no se admiten manifestaciones de tal categoría, no será posible entender el mensaje de María a través de la realidad de sus apariciones milagrosas. La clave de una actitud puede estar también aquí.

4. *Análisis de la postura de algunos autores particulares.*

1) La postura del mundo acatólico frente a las apariciones marianas reviste los más variados aspectos y obedece también a causas muy diversas. Jean-Baptiste Laffon, en un estudio sobre la influencia de Lourdes en la vida de la Iglesia —y decir Lourdes es decir por antonomasia las apariciones de la Virgen María—, se refiere con particularidad a la apolo-gética de Lourdes, haciendo frecuentes referencias a los teólogos protes-tantes y a la postura del mundo científico actual, dominado por la incre-dulidad. En este mundo de hoy se manifiesta una oposición radical y sis-temática a todo lo sobrenatural.

Pero, el mundo protestante es creyente tiene una fe en la palabra de Dios y acepta la revelación. ¿Qué actitud adopta frente a las apariciones marianas? Mons. Mathieu, obispo de Aire et Dax, en carta pastoral pu-blicada en la cuaresma de 1958, se expresaba más o menos en estos tér-minos, que reflejan la actitud del mundo acatólico frente a Lourdes:

«Los milagros de Lourdes pueden ser constatados. La Iglesia invita a los sabios a que vayan a constatar y a diagnosticar. Sin duda, siempre será posible la negación. Nada puede quitar a la fe su carácter de don gratuito, ni su mérito. El mensaje de Lourdes ha suscitado siempre adhesión y repulsa, sumisión y crítica, ira y amor»²⁴.

En efecto. Hombres de todas las religiones y de todas las creencias se han acercado a Lourdes —lo mismo puede decirse de Fátima— atraídos por el milagro de la aparición de María. Han venido con fervor, o con in-

24. Cf. J. B. LAFFON, *L'influence de Lourdes dans la vie de l'Eglise*, en «Mar. et Eccl.», II, Romae, 1959, pp. 416-417.

diferencia, por curiosidad o por inquietud de espíritu. Y Lourdes y Fátima han permanecido fieles a su mensaje; han suscitado adhesión, admiración, sumisión incondicional, o repulsa, crítica y contrariedad. Dedeban refiere casos concretos en los que se acusan estas distintas y opuestas reacciones, demostrando cómo las apariciones de Lourdes —a pesar de la oposición— han constituido un centro de vida teológica²⁵.

Paulo VI, muy recientemente, ha descrito esta misma situación a propósito de las apariciones de Fátima. En la audiencia general tenida el día 10 de mayo (1967), después de anunciar la publicación ya próxima de su Exhortación Apostólica "*Signum Magnum*", pronunció unas sentidas frases, que reflejan su dolor y su preocupación por esta actitud adversa a las apariciones marianas.

«...Llamamos vuestra atención —dijo— sobre dos frases que se encuentran en el n. 67 del capítulo 8 de la ya célebre Constitución conciliar *Lumen Gentium* acerca de la Santísima Virgen, en que se declara este principio: "Recuerden, pues, los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en un afecto estéril y transitorio, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera por la que somos conducidos a conocer la excelencia de la Madre de Dios y somos excitados a un amor filial hacia nuestra Madre y a una imitación de sus virtudes". Juzgamos que este es el buen camino, el único camino seguro para promover nuestro culto, nuestra espiritualidad con relación a la Virgen Santísima. Sabido es, cómo el santo y bendito nombre de María se torna hoy, en cierto sentido, como el de Cristo en *signum cui contradicetur*, señal de contradicción (Lc. 2, 34). Unos exaltan la devoción a María Santísima... Otros la rebajan y la impugnan como indebida, como excesiva en relación al culto debido a solo Cristo. Bajo este último aspecto, es consolador observar, cómo muchos hermanos cristianos, separados aún de nosotros, miran con mayor serenidad y objetividad la doctrina católica sobre Nuestra Señora»...

El Pontífice, delatando esa larvada oposición al dogma mariano, adopta una posición de alto sentido ecuménico. Reconoce la realidad operada en muchos cristianos separados aún de la Iglesia católica, ese cambio de mentalidad y de actitud ante la figura de la Madre de Dios. Pero, ¿hasta dónde se ha operado un cambio real, una nueva postura? ¿Cuál es el pensamiento de los teólogos protestantes sobre el tema concreto de las apariciones marianas? Ya hemos dicho que es difícil, y resultaría arriesgado, hablar de la postura intelectual, afectiva y religiosa de las Instituciones. Hablaremos solamente de la actitud de algunos autores particulares.

2) *Le Journal de Genève*, a través de la pluma de Etienne de Peyser, adoptó una postura, no sabemos hasta qué punto compartida por otros pro-

25. Cf. G. J. DEDEBAN, *Lourdes, centre de vie théologique*, en «Virgo Inmac.», XVI, Romae, 1956, pp. 144-150.

testantes. En los números de los días 16-18 de julio de 1958 reflexionaba sobre los acontecimientos de Lourdes. Reconoce la presencia de algo sobrehumano en el lugar de las apariciones; pero, reduce al minimum su sentido y soslaya la eficacia salvadora de la aparición de María, viendo en los hechos portentosos solamente el signo de un Dios, que aún escucha las plegarias de los hombres. Laffon copia estas expresiones claramente significativas:

«Este lugar de peregrinación plantea serias cuestiones a todo hombre, cualquiera que sea su modo de ver la vida... Pero, un hecho está bien constatado: la humanidad de Lourdes espera del cielo la salvación de la verdadera vida... ¿De dónde viene que haya milagros en Lourdes? La respuesta es fácil. Ante la sumisión de la humanidad, hecha patente en este lugar, Dios lleva al culmen su amor, atendiendo a las plegarias aunque ellas estén mal dirigidas»²⁶.

De Peyer no niega directamente la realidad de los milagros de Lourdes; pero, desenfoca el mensaje de las apariciones. Parece que el principio de *solus Deus* ejerce aquí influencia sobre su pensamiento. Porque, no reconoce en el lugar del milagro más que una manifestación de Dios, que llevando su amor hasta la cima de su expresión escucha las plegarias de los hombres, aunque vayan mal dirigidas. ¿Por qué descaminadas?... Porque en Lourdes se invoca a Dios por medio de María.

Es el reparo fundamental que se ha hecho a ese texto y a la afirmación de De Peyer. El catolicismo y la autoridad de la Iglesia, remontando esa visión demasiado unilateral y radicalista, reconocen que Lourdes, como lugar de las apariciones, no es solamente una prueba de la acción de Dios y del orden sobrenatural; es también la manifestación siempre salvadora de la Iglesia de Jesucristo, por medio de María.

Omitiendo otros datos de índole parecida, paremos nuestra atención en algunos testimonios de última hora. Algunos protestantes tomaron pretexto del viaje de Paulo VI a Fátima para manifestar ciertos reparos y oposición al culto que se tributa a María en aquel lugar de apariciones, como excesivo, descentrado y anticonciliar y en consecuencia antiecuménico, por ser inaceptable para el protestantismo. El pastor Richard-Molard escribió en *La Réforme*, 13 de mayo de 1967, un suelto bajo el título: *Un voyage irrécevable*, en el que declara inaceptable para el protestantismo el viaje del Pontífice, ya que venía a legitimar unas prácticas y un culto que no pueden armonizarse en manera alguna con las exigencias del Evangelio de la salvación operada por Jesucristo, único salvador y único me-

26. *Le journal de Genève*, 16-18, 7, 1958; cf. J. B. LAFFON, *L'influence de Lourdes...*, l. c., pp. 418-419.

diador. Y no es posible aún la reconciliación, dice, desde el momento que el estudio y las investigaciones apasionadas de algunos teólogos católicos y las multitudes incultas han constituido a la humilde Virgen María en la cuarta, si no primera persona de la Trinidad ²⁷.

3) Dos protestantes de hoy: el pastor Hebert Roux y Roger Mehl, profesor de la Universidad de Estrasburgo, fundados en unos mismos principios: la *sola Scriptura* y la condición de Cristo como *único Mediador* manifiestan una actitud reticente y contraria a las apariciones marianas y a su mensaje.

H. Roux reflexiona con gran sinceridad, orientando el problema en el conjunto de la ciencia mariológica. Comprende la dificultad de determinar el punto de vista protestante en mariología, de la que son un capítulo el culto y las apariciones marianas. Dados los principios fundamentales que utiliza en el desarrollo de su pensamiento, no es difícil conocer su postura frente a este problema, entendido como suceso religioso.

En fuerza del principio de la *sola Scriptura* cree que debe ser frenado el proceso mariológico, porque el esplendor de la Virgen María oscurece y amengua el de Jesucristo, alterando la clásica tesis del cristocentrismo y modificando la enseñanza bíblica sobre el único Mediador. Aparte de esto, las apariciones marianas, dado el mensaje que encierran, tienen verdaderamente un sentido y valor soteriológico. María coopera ahora maternalmente a la salvación de los hombres. Roux atenúa este oficio y esta misión, aunque admita que resucitó gloriosamente con Cristo. «Pero, la idea —dice— de una participación cualquiera de María como persona en la acción redentora, o en el reino actualmente presente de Jesucristo sobre la Iglesia y sobre el mundo, no se puede sostener más que admitiendo una relación ontológica entre Cristo y la Virgen María, que conferiría a esta última una realeza celeste y una maternidad divina permanente» ²⁸.

27. Cf. A. LEITE, *Reparos acerca de Fátima...*, l. c., p. 40. El «Times» se expresaba en forma parecida: «Fátima —leemos— pone de relieve los caracteres menos asimilables del catolicismo romano; fomenta la credulidad de las almas simples, favorece la explotación comercial de las peregrinaciones, el sentimiento pueril que provocan las historias de los milagros modernos y exagera el papel de María en el problema de la salvación».

Es justo reconocer con todo, que también algunos protestantes han manifestado una actitud favorable y condescendiente con las apariciones de Fátima. En los días 2-8 de agosto se celebró en Lisboa el V Congreso Mariológico Internacional, organizado por la Pontificia Academia Mariana Internacional de Roma. El tema general fue: *El culto a la Virgen María en los siete primeros siglos*. En los días 9-13 del mismo mes se celebró el XII Congreso Mariano Internacional en Fátima, cuyo tema general fueron las apariciones marianas. En ambos congresos participaron teólogos protestantes de reconocida autoridad: G. Künneth, Pedro Meinhold, W. Borowski, y otros. El clima de comprensión y cordialidad fue admirable. Fátima fue un lugar de encuentro, y una fecha que puede hacer historia en las relaciones ecuménicas.

28. E. ROUX, *Bilan de l'Écriture au point de vue protestant* (para la mariología), en «Et. Mariales», XX, 1963, pp. 60-61. Ver también, pp. 45, 51-57, 60.

R. Mehl en una obra de explicación del catecismo romano —y desde una panorámica general— llegaría a la misma conclusión. No le agrada el desarrollo que presenta la mariología en el catolicismo y mucho menos las manifestaciones milagrosas de María. Comenta el P. Le Guillou a propósito de su doctrina:

«El protestante se siente incómodo ante el desarrollo mariano católico. Tiene el sentimiento de abandonar el dominio de la pura religión bíblica, de la teología cristiana dominada enteramente por el cristocentrismo, al cual quiere ser fiel, para entrar en un mundo revuelto y con mezcolanzas, que escapa a la sumisión debida a todo poder de la palabra de Dios. La mariología católica, elaborada a partir de todo género de analogías, de alegorías, de reflexiones, de especulaciones muy humanas, le hace descubrir un cristianismo lateral, parasitario, cuya vida de fe está turbada precisamente porque está asimilada a supersticiones populares, reveladoras de un fondo mal disimulado, mal esterilizado de creencias paganas»²⁹.

El problema de las apariciones marianas está sin duda en el subsuelo de estas apreciaciones y constituye el trasfondo de este cuadro un tanto sombrío y decepcionante. Porque, ¿qué otro tema, con mayor razón que este, puede considerarse como efecto de supersticiones populares? Culto y veneración a María quedan delatados aquí, como formas un tanto desviadas y ajenas al verdadero sentido del cristianismo auténtico.

4) La teología evangélica manifiesta una actitud reservista también frente a este problema, porque mantiene una fuerte resistencia al desarrollo de la mariología católica, aferrada a la fórmula de la *sola Scriptura*, y al principio inalterable: *Jesucristo único Mediador*. Sus exponentes son por lo general contrarios a los dogmas marianos definidos recientemente por el Magisterio Eclesiástico. Walter Künneth pone en duda incluso la doctrina del Concilio de Efeso sobre la *Mater Dei, Theotocos*, juzgando que no es enseñanza bíblica. En un libro publicado en 1950 piensa que la devoción que la Iglesia católica profesa a María contiene muchos elementos mitológicos, traídos de otras religiones. Juzga como ilegítima la *apoteosis* mariana, que viene a ensombrecer la figura de Jesucristo, de manera particular en el orden religioso y en el terreno de la salvación³⁰.

Los mismos reparos opone Franz Vierung a la doctrina, culto y piedad marianas de la Iglesia católica en un libro escrito para los hombres de ciencia y los predicadores de la palabra, que consiguió grande difusión. El

29. M. J. LE GUILLOU, *Mariologie et Protestantisme*, en «Et. Mariales», XX, 1963, p. 6; cf. R. MEHL, *Catholicisme Romain. Aproches et interpretation*, Delachaux et Niestlé, 1957, p. 90 ss.

30. Cf. W. KUNNETH, *Christus oder Maria?*, Berlín, 1950; cf. A. BRANDENBURG, *De Mariologia ac de cultu...*, l. c., pp. 503-504.

autor es miembro de la *Evangelischer Bund*. Defiende y mantiene los tres clásicos principios del protestantismo: *solo Dios, solo Cristo, sola la Biblia*. Sin ambages, Viering afirma que los católicos, en su afán de glorificar a María, han hecho de ella una *diosa* (Dea), colocándola al lado del único Dios santísimo ³¹.

Aparece aún más particularizada la postura de Hans Düfel, en una disertación sobre la Virgen María según Martín Lutero, que mereció la aprobación de la Universidad luterana de Erlangen, publicada en el año 1958. Piensa que la mariología es hoy una realidad, desconocida de la Iglesia primitiva, y que poco a poco ha ido desplazando a la cristología. No acepta la *apoteosis*, o deificación del hombre, que la mariología católica ha personificado en María. No duda en afirmar que los santuarios marianos y su culto, las peregrinaciones y la filatelia mariana (se refiere a sellos postales con el diseño del santuario de Mariazel) fomentan el culto a la divinidad materna, reprobable en sí por tener sabor pagano ³².

No son estos los únicos exponentes de esta corriente de la teología evangélica. Las apariciones marianas no tienen cabida en sus esquemas teológicos. Los defectos que delatan en el culto mariano tributado a María en la Iglesia católica tienen precisamente lugar en torno a las apariciones y a los santuarios: apoteosis mariana, etc. Por esto, nos parece muy exacta y objetiva una de las conclusiones de Brandenburg:

«Quibus ex deliberationibus, facile intelligi potest, protestantes intelligentiam habere nullam illius venerationis quae e. gr. locis peregrinationum Beatae Mariae Virgini sacris (Lourdes, Fatima) Matri Dei attribuitur. Hanc affectivam aversionem protestantium re vera existentem, quae venerationem marianam catholicam nostrorum temporum haud ambigue repudiat, longe diffusam esse, negari non potest» ³³.

5) Esta conclusión puede confirmarse con no pocos documentos y testimonios. Citaremos uno de última hora. Nos referimos al teólogo Warren A. Quanbeck, que interpreta la mariología actual en esta era posconciliar en el ambiente católico y protestante. Sus frases no son exponente sólo de una postura personal y particularista, sino una declaración del sentimiento del protestantismo luterano en general, acerca de la doctrina mariana, del culto y de la veneración a Nuestra Señora, con una referencia expresa al tema de las apariciones.

31. F. VIERING, *Römisch-Katolischer Marienglaube und die Botchaff der Reformation*, Gladbeck, 1955; cf. A. BRANDENBURG, *De Mariologia ac de cultu...*, l. c., p. 505.

32. H. DUFEL, *Maria bei Luther*, Erlangen, 1958; cf. A. BRANDENBURG, *De Mariologia ac de cultu...*, l. c., pp. 506-507. El mismo criterio mantiene U. VALESKE, en una obrita publicada en el año 1954, con motivo del año mariano: *Evangelisches zum Marienjahr*, Gutersloh, Ruffer-Verlag, 1954, 84 pp.; cf. «RevScPhilTheol», 1959, pp. 561-562.

33. A. BRANDENBURG, *De Mariologia ac de cultu...*, l. c., p. 516.

Merece que copiemos un largo texto, sobre el que podemos hacer alguna reflexión. Está escrito con una preocupación ecuménica, la misma que nos anima al redactar estas líneas.

«Una de las cuestiones más delicadas en la discusión teológica entre católicos romanos y protestantes es el lugar de María. Los católicos romanos sostienen una posición doctrinal y cultivan una piedad que son totalmente incomprensibles para los protestantes. Si a pesar de esto el diálogo es posible, comienza por manifestar a las dos partes, que viven sobre este punto en dos mundos totalmente diferentes, o en todo caso que se mueven en dos atmósferas totalmente distintas... Los católicos romanos, en efecto, se preguntan si los protestantes no adolecen de falta de realismo y profundidad en su teología; los protestantes, por el contrario, publican que los católicos confunden los temas teológicos, cristológicos, eclesiológicos y mariológicos, y que de ahí resulta el peligro de caer en la idolatría...

...(Los protestantes) advierten con razón que los primeros textos que hablan de una doctrina y de una piedad marianas pertenecen a la época después del Concilio de Efeso en 431, concilio que refuerza el dogma cristológico, declarando a María Madre de Dios. Como esta época coincide con el establecimiento imperial de la Iglesia y con los enormes problemas que plantea la enseñanza de la fe cristiana a las multitudes, los protestantes ven ahí lo peor. Piensan que el desarrollo del culto mariano representa una adaptación de las religiones paganas, como el culto de la Abuela...

...Los protestantes leen aún las leyendas de las reliquias de María en Loreto y las historias de sus apariciones en Lourdes y en Fátima. Ven recitar maquinalmente el *Ave Maria* por la radio, en el curso de una emisión llena de colorido, exaltando la promesa de paz mundial por la devoción a Nuestra Señora de Fátima y son contrariados por las representaciones de María, eufóricas y sentimentales, en estampas, en las grutas y en las iglesias. Se preguntan qué relación existe entre estas manifestaciones y la fe en Jesucristo, qué relación esencial media entre los dogmas de la Inmaculada Concepción, o de la Asunción y los credos ecuménicos...

Cuando les invaden estas reflexiones, los protestantes se preguntan si la nueva atmósfera que se ha creado en el diálogo entre las Iglesias podrá realmente terminar en algo. Las diferencias parecen tan grandes, los elementos comunes tan pocos que parece aún necesario mucho tiempo para que la discusión termine en resultado positivo» 34.

En esta hora de ecumenismo, ¿podrán considerarse como exageradas estas expresiones? ¿No está demasiado acentuada la oposición doctrinal, afectiva y sentimental hacia el culto y la devoción mariana, hacia el mismo fenómeno de las apariciones? ¿No se habrá cargado demasiado el acento en un tema que ha sido hasta ahora *signo de contradicción* —en frase de Pablo VI—, pero que se va abriendo a una comprensión más amplia y menos rigurosa?...

Esta confesión nos viene de la misma Iglesia luterana en una toma de conciencia con el problema clave, en esta hora del posconcilio. La doctrina mariana católica, la piedad y la devoción, el culto tributado a María

34. W. A. QUANBECH, *Le problème de la mariologie*, en «Le Dialogue est ouvert», Neuchâtel, Suisse, 1965, pp. 173-174.

con motivo de sus apariciones milagrosas, sus mensajes siguen siendo una incógnita y un misterio impenetrable para quienes no comulgan en la misma fe de la Iglesia de Roma. Al fin, misterio, y en cuanto tal atrayente, acuciante y cargado de incertidumbre.

6) Hemos dejado para el último lugar el considerar la postura de otro autor protestante, que afronta directamente la interpretación de las apariciones marianas y su mensaje. Nos referimos a Pierre Petit, citado más de una vez a lo largo de nuestro estudio, y autor de un pequeño volumen, denso en contenido, que ha merecido una atención especial por parte de los católicos ³⁵.

Petit estudia en este volumen las apariciones, milagros y el mensaje de Lourdes, la teología de las peregrinaciones a los santuarios marianos, etc., encuadrando estos sucesos, e interpretando el sentido que les da la Iglesia católica, en el marco de la tradición cristiana primitiva y de los principios teológicos fundamentales para el protestantismo. Pero, en realidad el ángulo de visión del autor se proyecta más allá de las montañas de Lourdes, extendiéndose al problema general de las apariciones marianas.

En efecto. Los principios que el autor utiliza y los juicios que emite son aplicables a las apariciones marianas en general. Lourdes —y lo mismo podría decirse de Fátima— es sólo un caso de constatación. Su intención de fondo es sacar a flote ese problema general, sobre el que existen opuestas interpretaciones y actitudes en el protestantismo y en el catolicismo. Petit lo dice expresamente, al iniciar el análisis de las apariciones:

«Se cometería un error de perspectiva —dice— limitando nuestra atención a las apariciones de la Santísima Virgen en Lourdes. Ellas se sitúan en efecto dentro de una serie de mariofanías que constituyen, por su amplitud, una novedad en la historia de la Iglesia universal y de la misma Iglesia romana» (p. 13).

Aquí radica uno de los méritos del libro que comentamos. En torno a Lourdes, Petit declara con toda precisión sus intenciones. Lourdes —viene a decir— interesa a diversas ciencias y puede estudiarse bajo diversos aspectos. Nuestra preocupación primordial no será la de un cronista, ni la de un historiador, ni tampoco la de un filósofo o la de un médico, ni de un sociólogo. Miraremos a la luz del Evangelio las apariciones, los milagros, el mensaje, la peregrinación, tal es nuestra intención (p. 9).

Petit se sitúa en el terreno religioso. Quiere prestar también un servicio al ecumenismo. Para ello, catolicismo y protestantismo deben ser con-

35. P. PETIT, *Lourdes, les Protestants, la tradition chrétienne*, Paris, s. a. (¿1958?), 134 pp. Sobre este libro, cf. V. M. BUFFON, *Lourdes nel Centenario*, en «Marianum», 1960, pp. 152-155.

siderados en su totalidad. Una reflexión sobre Lourdes se presta a ello, porque ahí se manifiestan con omnimoda claridad la devoción a la Santísima Virgen y el dogma de la devoción mariana, tan amado del corazón católico, según testimonio del P. J. Danielou; y porque ese lugar de las apariciones, según frase del pastor Pierre Maury, plantea con evidente claridad las relaciones del protestantismo con la Iglesia romana. Petit intenta exponer lo que nos une y lo que nos separa, a fin de cobrar un conocimiento objetivo de la realidad, verdadero procedimiento ecuménico para llegar a buen resultado.

A pesar de su oposición radical y sincera, el autor no desdeña de hacer una relación histórica de las principales apariciones marianas desde el siglo XIX en adelante, desde la de Rue du Bac (1830) hasta Banneux (1933), total un siglo de historia. Pero, esto es solamente un preámbulo para ambientar este fenómeno en el sentido bíblico tradicional que nos ofrecen las manifestaciones de Dios y de la condición en que debe vivir el cristiano en este mundo: condición de esperanza escatológica, de paréntesis de espera, según la enseñanza de San Pablo (Rom. 8, 19-26).

«Toda la Escritura —dice— texto no muerto sino palabra viva por el testimonio del Espíritu Santo, nos manifiesta la conducta de Dios con relación a su Pueblo. El nos ha dado una *imagen*, una aparición, una visión tan humilde que los hombres no la han identificado. Y no nos dará otra hasta que esta imager única vuelva en la plenitud de su gloria» (p. 40).

La condición presente del cristiano es la de la esperanza escatológica. «¿Por qué la Iglesia romana pretende escapar de ella —aunque vanamente, lo sabe muy bien— por toda su técnica de canonizaciones», se pregunta? (p. 41). El reconocimiento de las apariciones marianas y el culto en los lugares de peregrinación son también vanos intentos por escapar a esta condición de esperanza humilde, en que debe vivir el cristianismo, refugio ilusorio por huir de una dura condición terrestre. Petit pretende reforzar el peso de su argumentación con la doctrina lúcida y luminosa de San Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia, acerca de las apariciones sobrenaturales y visiones, mal traída a colación y peor encuadrada en su contexto. Y aún más, aduce en conformidad con esa doctrina el testimonio y la autoridad de Calvino.

El pensamiento de Petit es claro y uniforme, sincero y consecuente. Se podrá discutir si efectivamente el reconocimiento de las apariciones marianas y el vivir la teología de esas realidades es hurtarse a la esperanza escatológica, como condición de la vida cristiana, según la enseñanza de San Pablo. Creemos que no existe tal contradicción; ya que esos sucesos van marcados por una impronta sobrenatural, que se armoniza perfecta-

mente con los planes providentes de Dios, y conducen al cristiano a la realización de su escatología.

De todos modos, en el pensamiento de Petit las apariciones marianas, aunque sean una realidad, no pueden tener el sentido y el valor que les concede la Iglesia romana. Ni siquiera los milagros, que él admite en torno a la gruta de Lourdes, consecuente con el criterio protestante general (p. 62). En síntesis, dice:

«Como protestantes, sabemos muy bien que vivimos una historia, sabemos muy bien que estamos en camino, sabemos muy bien que el Señor conduce a un pueblo que avanza, no a un pueblo que duerme. Pero, que una Historia normativa aparezca creada en los siglos XIX y XX, expuesta en dogmas nuevos, ilustrada en Lourdes paralelamente con las definiciones de los Pontífices romanos, no lo podemos admitir. Antes bien, debemos pronunciar una dura palabra contra esto.

Así permaneceremos en la tradición de la Iglesia universal. *Los milagros de todos los tiempos no; conducen únicamente hacia el solo Señor Jesús...* Sí; para los hermanos separados, cualquiera que sean sus enclos (recintos) o sus zonas confesionales, el Padre Dios hace milagros. Pero, los protestantes no dan gracias más que en el nombre del Señor Jesucristo» (pp. 61-62).

Lo inadmisibles para Petit, por ser contrario a la tradición, al sentido de la Biblia y al carácter y condición de Jesucristo, como único Mediador, es el sentido y el valor que la Iglesia romana concede a las apariciones de la Virgen María. Eso es una impostación al mensaje del Evangelio, y en definitiva una adulteración. Ni más, ni menos, el mismo reparo propuesto por E. de Peyer en *Le Journal de Genève*.

Es fácil concluir que en el pensamiento de Petit el mensaje de las apariciones marianas ha de cambiar de signo, si quiere subsistir como realidad positiva en la Iglesia. Reconoce que en torno a Lourdes la Iglesia romana ha fomentado la devoción mariana en todas direcciones. En Lourdes, como en Fátima, se palpa a María; el dominio de la Virgen Inmaculada es universal; se pasa de un mundo a otro; de modo tangible se aprecia la separación fronteriza de lo natural y lo sobrenatural, etc. Transcribe estas y otras frases parecidas de autores católicos, que ponen de relieve esa presencia de María, que llena de luz la roca de Masabielle, como un mensaje perenne para el hombre. ¿Qué piensa el protestantismo del carácter mariano de este mensaje, inherente a los santuarios? Petit contesta con la misma precisión y sinceridad con que lo ha hecho a otras demandas parecidas:

«Aferrados a la regla de la Escritura Santa profesamos que no hay más que un solo Mediador entre Dios y los hombres: *Jesucristo hombre, que se entregó como precio de redención por todos*. Esta palabra es una plenitud en la tradición de la Iglesia universal. *Ella funda nuestra seguridad. No le falta nada*» (p. 79).

En fuerza de esto, rechaza el mensaje de las apariciones, porque arguye una mediación de María en favor de los hombres. Ello equivale a una inversión de los valores inalterables del cristianismo, contraria a la regla de la Sagrada Escritura. Juzga que debe desecharse la fórmula: *a Jesús por María*, porque viene a sustituir a la de San Pablo: *Al Padre por Cristo*. No hay mensaje mariano, sino cristológico. Únicamente Cristo es el camino y la verdad.

De forma parecida se expresa acerca de la teología de las peregrinaciones y de los satuarios marianos, que ofrecen también un mensaje religioso y espiritual al mundo:

«Nosotros —dice— no podemos dar marcha atrás. Los lugares santos, las fuentes santas, las montañas sagradas... están definitivamente abandonadas, desde que Jesucristo, *habiendo hecho la redención eterna entró de una vez para siempre en el Sancta Sanctorum* (Hebr., 9, 12).

Nosotros no profesamos otra doctrina acerca de las peregrinaciones que esta: protestantes según la tradición, a veces ensombrecida, jamás interrumpida de la Iglesia universal: que Jesucristo es nuestro camino, es nuestra ruta. En El caminamos día y noche» (p. 95).

El último párrafo de este pequeño libro es altamente significativo. La Iglesia camina hacia la escatología por el único camino viable: Cristo.

«¿Apariciones —se pregunta Petit—, visiones, las tendremos durante esta marcha? El Evangelio nos advierte que reconozcamos al Señor en los rostros macilentos, en los inquietos, en los enfermos, en los agonizantes, en los pobres, que están en las calles de nuestras ciudades, o que encontramos en nuestras propias moradas. ¿Seguiremos nuestra marcha? No nos conducirá a ninguna parte» (p. 96).

No hemos pretendido hacer obra polémica, sino meramente expositiva. Los principios básicos de la teología protestante: la *sola Scriptura*, *Cristo único Mediador*, el mensaje evangélico como único y exclusivo para el cristiano, entendido con un criterio riguroso, rigen toda la exposición de Petit. Dentro de sus líneas no tiene cabida la figura de María, tal como se ha manifestado a la Iglesia en sus apariciones, como Madre y Medianera.

Es mucho aún lo que nos separa; pero es un dato de acercamiento —a pesar de tantos postulados de signo negativo—, que el centro de convergencia sea la Sagrada Escritura. Y es ya un encuentro, el que sintamos una mutua preocupación por comprender mejor y en su significación auténtica la figura de la Madre de Dios y Madre nuestra ³⁶.

36. No hemos hecho referencia a la postura del racionalismo, en general, frente a estos problemas. Tampoco nos hemos referido a otros autores independientes, que han inter-

7) *Posturas favorables*: Pero, no todas las Confesiones acatólicas, ni aun tratándose de autores particulares, manifiestan una postura tan radicalmente opuesta a las apariciones marianas. No podemos facilitar aquí una larga lista de testimonios y autoridades; pero, si haremos algunas referencias concretas, lo suficientemente claras, que nos dan a conocer ese otro lado de la imagen del protestantismo, que hemos descrito anteriormente.

El movimiento de la Iglesia episcopal, iniciado por F. Heiler (Hochkirchliche Bewegung), Hans Asmusen en su libro sobre: *María, Madre de Dios*, publicado en 1950, y Werner Meyer, por no citar más que unos ejemplos, aceptan el movimiento mariano de la Iglesia católica, y la acción de María en la Iglesia en su más amplio sentido. Es cierto que les disgustan algunos *ornamentos demasiado triunfantes* (W. Meyer), con que la piedad de los fieles católicos ha cubierto, y cubre en muchas ocasiones, la figura de María. Ven con tristeza la *apoteosis* mariana, que consideran un tanto desmedida y falta de fundamento.

W. Meyer, quien se ha expresado en este sentido, es un teólogo evangélico. La teología evangélica presenta aquí claros contrastes y una falta de uniformidad. Unos exponentes son contrarios al mensaje de las apariciones. Otros no encuentran apenas situaciones censurables.

En general, puede decirse que la teología evangélica no niega la posibilidad de las apariciones marianas; porque para Dios —según uno de sus principios claves, por ser principio bíblico— no hay nada imposible. Además, Dios se ha manifestado de múltiples maneras antes y después de la venida de Jesucristo. Ni negaría el hecho de las apariciones de Lourdes y Fátima en sí mismas; pero, exige cautela y pide al catolicismo, que no se deje llevar fácilmente de ilusiones; sino que dictamine sus juicios después de realizar una verdadera labor de crítica, comparando su mensaje con el mensaje evangélico, para descubrir y garantizar su legitimidad. Ante todo, quiere que todas esas manifestaciones de culto vayan guiadas por un alto sentido religioso.

En el fondo de su postura descubrimos un rasgo fundamental. Ellos acentúan la acción de Dios, que es quien se manifiesta a través de la historia de la salvación. Es el pensamiento expuesto por De Peyer en *Le Jour-*

pretado desfavorablemente el caso de Lourdes, o las apariciones marianas, desde el punto de vista de la crítica histórica, etc. Entre estos ocupa un lugar destacado la escritora T. G. VALOT, con su obra: *Lourdes et l'illusion en thérapeutique*, 2.^a edic., Paris, 1956. Hizo una refutación contundente de este escrito A. DESROO, *Lourdes, cité des miracles ou marche d'illusion*, Paris, 1956, 224 pp. Varios autores católicos se han ocupado del libro de Valot (cf. A. OLIVIERI, *Difficultés contre le caractère extra-naturel des guérisons de Lourdes*, en «Mar. et Eccl.», XIII, Romae, 1960, pp. 247-270; A. JAVIERRE, *Milagros contemporáneos en Lourdes*, ibid., pp. 95-96; M. M.^a BUFFON, *Lourdes nel Centenario*, en «Marianum», 1960, pp. 147-156).

nal de Genève. La acción y la presencia de María la juzgan muy secundaria. En realidad, estamos en un mismo punto de partida. Urge conseguir un equilibrio de planos, concediendo a María sus prerrogativas, sin menoscabo de la presencia y de la acción de Dios.

En vistas a conseguir una armonía de criterio y una verdadera unión doctrinal y cultural, es un paso decisivo el que también aquí sea la Sagrada Escritura el centro de convergencia. El tiempo —y el espíritu que lo anima y actúa— dirá la última palabra; porque nos ayudará a recorrer el camino que resta, reduciendo las distancias que nos separan.

III. CONCLUSION

Cualquiera conclusión que deduzcamos de la relación que acabamos de hacer, acerca de las apariciones marianas en el ambiente ecuménico, pertenecerá sin duda al dominio de la historia, al pasado. Nunca una afirmación semejante puede ser tan exacta como esta. Nos encontramos en circunstancias históricas especiales, que marcan una línea divisoria con el pasado.

El V Congreso Mariológico Internacional, celebrado en Lisboa en los días 2-8 de agosto (1967) y clausurado en Fátima, abre una nueva era en la historia de las relaciones entre católicos y protestantes, que colaboran por valorar e interpretar el misterio de María y el culto mariano en la Iglesia. La convivencia mutua, el clima de trabajo sincero y desinteresado en las sesiones del Congreso constituyeron un encuentro, sobre el que pueden abrigarse buenas esperanzas. Las apariciones marianas se enmarcan dentro del culto en honor de la Madre de Dios y son una de sus manifestaciones. Tienen su fundamento en la maternidad espiritual de María y en su acción salvífica en la Iglesia. La actitud ecuménica del futuro puede encontrar su definición en ese Congreso Internacional de Lisboa.

El ecumenismo exige a todos una recta comprensión del misterio mariano, sin concesiones compromisarias, por una parte, y sin afirmaciones infundadas por otra. Esto nos llevará a valorar en su justa medida las apariciones marianas, enmarcadas funcionalmente en la historia de la salvación, y a interpretar su mensaje, a la luz del mensaje evangélico y de la doctrina inalterable de la Iglesia.